

El Escudo de las Américas y el retorno de la tutela

09/03/2026

La política exterior de las naciones suele oscilar entre la búsqueda de la autonomía y la tentación del alineamiento protector. Tras la reciente «Cumbre Escudo de las Américas» celebrada en Miami, parece quedar claro que el Cono Sur ha decidido abandonar los matices para abrazar una nueva arquitectura de seguridad bajo la tutela -y mandatos- directa de Washington. Lo que se presenta como un blindaje necesario contra las amenazas transnacionales pareciera ser, en rigor, el acta de nacimiento de una nueva etapa de influencia unilateral en el continente.

Resulta sugestivo el escenario y la forma. El cónclave, convocado por Donald Trump fuera de los canales institucionales de los organismos interamericanos tradicionales, no buscó el consenso de la región, sino la formación de un bloque ideológico compacto. Al excluir a potencias regionales como Brasil, México o Colombia, la cumbre no solo fractura la unidad latinoamericana, sino que establece un sistema de premios y castigos: la seguridad y el respaldo político quedan reservados para aquellos gobiernos que acepten las nuevas reglas del juego dictadas desde el Norte.

Para las naciones participantes, entre ellas la Argentina, esta alineación total implica una apuesta de alto riesgo: la entrega de márgenes de soberanía en el diseño de sus políticas de defensa a cambio de una pertenencia que aún no garantiza beneficios tangibles en lo económico.

El peligro de este nuevo esquema reside en la pérdida de la mirada propia. Cuando un país acepta que su política de seguridad sea diseñada en un resort extranjero, comienza a ver sus propios problemas con lentes prestados. El riesgo es que

la agenda de «seguridad nacional» termine siendo la agenda de los intereses geopolíticos de una potencia que, históricamente, ha visto a América Latina más como una zona de recursos y contención que como un conjunto de socios en pie de igualdad.

Esta arquitectura de la sumisión plantea un interrogante de fondo sobre el futuro del multilateralismo en América. Mientras el mundo camina hacia la multipolaridad, una parte del continente decide replegarse sobre una sola bandera. La historia demuestra que los «escudos» diseñados por las grandes potencias suelen tener una sola cara: la que protege sus propios intereses, dejando a los aliados en la primera línea de exposición ante conflictos que no siempre les pertenecen.

Asistimos a un giro de época donde la estética del poder y la fuerza parecen desplazar a la diplomacia de los acuerdos. Para las naciones del sur, el desafío sigue siendo el mismo: entender que la verdadera seguridad no proviene de un protectorado externo, sino de la capacidad de fortalecer sus propias instituciones y su propia matriz productiva. Sin una política exterior que priorice el interés nacional por sobre la seducción del alineamiento ciego, el riesgo es que, una vez más, la región termine siendo el escenario donde otros juegan su partida.